

PREFACIO

Corría para salvar la vida. Las sandalias golpeaban el suelo con fuerza mientras intentaba escapar de sus perseguidores, a los que podía oír cada vez más cerca. Resoplaba por el esfuerzo cuando hizo un giro cerrado a la derecha, agarrándose a la esquina de la *insula* para encontrar apoyo y no caer. Por fortuna, hacía tiempo que no llovía y el empedrado de las calles no estaba resbaladizo, sino seco y polvoriento.

Era noche cerrada y las calles estaban oscuras y vacías. Tal vez, si hubiera permanecido en las vías principales de la ciudad, podría haber encontrado algún carretero que llevara mercancías a los almacenes o a las *tabernae*. Aun así, aunque ese encuentro se hubiera producido, era más que probable que no obtuviera ayuda, así que había preferido probar suerte e intentar despistar a sus seguidores por el laberinto de callejas que se alzaba al este de Hispalis, cerca de la muralla.

Una piedra lanzada desde atrás le golpeó en el hombro izquierdo y le hizo caer justo cuando volvía a girar a la derecha. Cayó cuan largo era con un golpe sordo, dejándose la piel de la rodilla pegada al suelo. Se incorporó deprisa, dolorido, y reanudó la carrera; casi podía oír la respiración de los que iban a por él.

Un poco más adelante, bajo un pórtico, vislumbró una figura.

–¡Ayúdame! –gritó casi sin resuello. Las palabras apenas salieron de su boca mientras él adelantaba los brazos suplicando–. ¡Ayúdame, por Júpiter!

Había ralentizado la marcha, pero cuando se acercó a la sombra pudo ver que se trataba de una puta. Una *quadran-taria* que apenas habría movido un dedo para algo que no fuera arremangarse la túnica y ofrecer su género. La mujer se apartó, pegándose contra la pared cuando olió el peligro.

El hombre pareció perder toda esperanza y posó la mano izquierda sobre el costado, intentando coger aire. Justo en ese instante, el inquilino de una de las *cenacula* superiores decidió que era el momento de arrojar los orines nocturnos por la ventana. Fueron a caerle en plena cara. Quizás otro día habría puesto el grito en el cielo, o al menos habría dedicado unos minutos a maldecir y pedir la ira de las furias. De ser otro hombre, podría incluso haber pensado en poner una denuncia ante los magistrados. En cambio, a él le sirvió para reaccionar, para volver a ser consciente de que aún tenía una oportunidad.

Retomó la carrera y dejó atrás a la mujer, que seguía apretada contra el muro como un ratoncillo asustado, adentrándose por callejas cada vez más estrechas. Puso todo su empeño en escapar; y todo su empeño no fue suficiente.

En uno de los giros acabó frente a una fosa, el maldito lugar donde los más pobres de la zona, los inquilinos de las *cenacula* más altas, que ni siquiera podían pagar por arrojar el contenido de sus intestinos en la tina situada bajo la escalera del edificio, o los de aquellas que no tenían evacuación a las cloacas, que eran casi todas, iban a arrojar sus inmundicias. Debería haberlo oído, debería haberlo imaginado cuando las calles dejaron de estar empedradas y pasó a correr sobre tierra batida, pero todo su cuerpo se había con-

centrado en dos cosas: dar las zancadas más largas y rápidas de su vida y llevar aire a sus pulmones.

Tan pronto como se encontró con aquel montón de mierda supo que estaba acabado.

Miró hacia un lado y hacia otro. A la derecha se alzaba la muralla. Imposible escapar por ahí. A su izquierda, el edificio era tan pobre que ni siquiera tenía balcones, ya no digamos logias. Todas las ventanas a la vista estaban cerradas a pesar del calor, lo que hablaba bien del sentido común de sus inquilinos. Lo único que le quedaba era intentar escalar aquel muladar para continuar la huida.

No es que no lo intentara, pero cuando había empezado a subir hundiendo las manos y los pies en la mugre, unos dedos como tenazas se cerraron en torno a su tobillo. Cayó entonces de nuevo, y la cara le quedó de repente pegajosa y húmeda. Escupió y forcejeó, pero no consiguió zafarse. La garra tiró de él dejando un surco en la inmundicia, incapaz de oponer más resistencia. Sólo pudo gimotear:

–No... No, por favor. No me matéis. Volv...

No acabó la frase. Una patada brutal le rompió la nariz y le arrancó un par de dientes. La sangre empezó a correr mientras gemía, medio inconsciente, incapaz siquiera de llevarse la mano al rostro. No hubiera podido aunque lo hubiera intentado, porque ya se las sujetaban, atándoselas por encima de la cabeza.

Nunca supo que estuvo a punto de salvarse. Si en lugar de girar a la izquierda en su último cambio de dirección hubiera tomado el callejón de la derecha, se hubiera topado con uno de los vigilantes nocturnos. Aquella noche los dioses no estaban con él.

–¡Levantadlo! Y ahora, en silencio. Ya sabéis lo que hay que hacer.

Palmira regresaba con pasos rápidos. No le había quedado más remedio que alejarse de sus compañeras, cosa que no le gustaba nada, y ahora se apresuraba a volver. Atravesó el Cardo Máximo por el lado sur del templo de Poseidón, pasó junto al teatro y embocó la calle que llevaba hasta la casa de Tersites Primo, su dómine. Pasado el pozo situado frente a las puertas del pequeño *domus*, a la derecha, se abría la callejuela en la que había quedado con sus dos amigas.

–¡Al fin! Te ha entretenido mucho esta vez... ¿Tanto le ha costado hoy?

–Calpurnio es un pichafloja, ya lo sabes... Pero no. Hoy estaba especialmente fogoso, el muy guarro, y ha terminado casi antes de que pudiera metérmela. –Las tres soltaron una carcajada–. Pero me ha hecho ir hasta la otra punta de la ciudad... ¡Y ni siquiera ha querido pagarme! –concluyó indignada.

–¿Otra vez? –preguntó la tercera abriendo mucho los ojos.

–¡Esto no puede seguir así! Tenemos que decírselo a Tersites. Este mes ya van tres veces que nos folla sin pagar, y siempre nos avisa de que, si decimos algo, será peor para nosotras. ¡Malditos sean los vigilantes de esta ciudad!

–Anda, dejémoslo estar... Sea Calpurnio, o sea cualquier otro, en Hispalis, en Itálica o en la misma Roma, todos los vigilantes son iguales: aparecen rápido si ven posibilidad de echar un polvo, pero cuando ocurre algo serio nunca están cerca... Vámonos. Es pronto, debe haber más de un hombre con ganas de catar unas buenas tetas.

Tomó a sus compañeras por los brazos y tiró de ellas en dirección a los baños situados cerca de la puerta que se

abría al oeste, hacia el río. Los dejaron a su izquierda y los bordearon callejeando. Estaban a punto de llegar al Decumano Mayor cuando una voz ronca que pretendía ser amable sonó tras ellas.

—¡Qué veo! Tres mujeres, y de buenos traseros...

Se volvieron espoleadas por aquella voz, que olía a vino barato y salía a trompicones de la boca del hombre. Lo miraron con aprensión. Palmira incluso llegó a susurrar: «Qué feo. ¡Y es calvo!», pero él pareció no escucharlo, o al menos no le dio importancia, y una de sus compañeras la pellizcó en la oscuridad, haciéndole dar un pequeño respingo.

Con eso, las tres se acercaron, a cada cual más meliflua, echándole los brazos encima al desconocido.

—¡Hola! Mirad qué hombre, qué pecho... ¿Quieres pasar un buen rato?

El tipo apenas podía mantenerse en pie. Palmira tanteó rápido para ver si localizaba la bolsa de las monedas que el borrachín debía de llevar pegada a su cuerpo, pero el calvo no estaba tan ebrio como aparentaba, de modo que, con un gesto rápido, le tomó la mano a la muchacha y se la llevó a la entrepierna.

—¡Debes de ser descendiente de Príapo! —exclamó cuando palpó el espléndido falo del hombre, que se echó a reír estúpidamente.

—¿Con cuál de nosotras te gustaría pasar un rato, querido? —le preguntaron.

El hombre las miró con calma, como si estuviera evaluando a unas mulas viejas; les palpó los pechos y les pellizcó los traseros sin que ellas pusieran mucha resistencia.

—¿Por qué elegir a una cuando puedo disfrutar de las tres?

Ante aquella insinuación, Palmira volvió a poner mala cara.

–Si quieres montar una orgía, hay mujeres que se dedican a eso. Yo nunca...

–¡Oh, vamos! Eres la más joven, así que también la más tierna y apetecible –insistió él. Enseguida señaló a una de sus compañeras–. Pero ésa que está a tu izquierda tiene mejores tetas que tú. Y la de la derecha es más vieja, así que será la más experta. No tengáis tantos remilgos. Os pagaré un denario a cada una. Hoy me apetece divertirme de verdad...

Con las últimas palabras hizo sonar la bolsa, demostrando que no iba corto de monedas. Aquello fue suficiente para convencerlas. Se acercaron y empezaron a frotarse contra él allí mismo.

–¡No, queridas mías! No. Antes vamos a beber un poco más... Estoy seguro de que mujeres tan nobles como vosotras conoceréis algún lugar en el que poder encontrar una buena jarra de vino, ¿no es verdad?

Ellas rieron por lo bajo. Por supuesto que sí, aunque tendrían que salir del recinto amurallado y llegar hasta el puerto. Con un poco de suerte, terminarían de emborrachar a aquel pobre bobo y se llevarían todo su dinero sin tener que aguantar que las manoseara demasiado...

Justo cuando se escabullían hacia los muelles, comenzó a alzarse un resplandor rojizo a sus espaldas, al otro lado de la ciudad.

Un nuevo incendio se alzaba entre las murallas de Hispalis. El cuarto en nueve días.